

DESCOLONIZAR LA SOCIEDAD CIVIL

Armando Chaguaceda Noriega



Gobierno y Análisis Político AC
Facebook, instagram y YouTube:
Gobierno y análisis político ac
Twitter: Gobierno y ap
e-mail: info@gobiernoyanalisispolitico.org



La pasada semana un colega estadounidense, vinculado a programas de apoyo a la democracia y sociedad civil en Latinoamérica, me compartió su extrañeza ante una conversación sostenida en México. Al platicar con sus pares locales de dos relevantes organizaciones –Open Society y Ford Foundation– sobre la situación en el país y el trabajo a la sociedad civil, le expusieron su perspectiva sobre el tipo de labor que querían apoyar en los tiempos venideros. “Creemos que las organizaciones deben trabajar más con las instituciones gubernamentales”, le dijeron.

Esta conversación me recordó a otra que sostuve con una funcionaria de la Open Society, quien dijo en una reunión hace dos años que los apoyos a proyectos en Cuba, Nicaragua y Venezuela se reducirían porque “no habían mostrado capacidad de innovación”. Esa frase, expuesta en el mismo momento en que los activismos de esos países enfrentaban una salvaje ola represiva, derivada de movilizaciones masivas, valerosas y, para usar el término de la funcionaria, “innovadoras”, resulta impresionante. Pero lo es menos cuando la propia organización señala que “En América Latina y el Caribe, Open Society Foundation busca impulsar el cambio democrático transformando la creciente preocupación pública por la desigualdad, la corrupción, la violencia y la crisis climática en poderosas iniciativas y alianzas para construir una sociedad abierta y segura”. Para lo cual su “estrategia se centra en tres países prioritarios: Brasil, Colombia y México”. [1]

La sorpresa de mi colega y mi propia molestia no nacen de una creencia en que sociedad civil y gobierno son, *per se*, enemigos. En muchos países bajo regímenes democráticos la sociedad civil tiene la posibilidad de trabajar con sus contrapartes gubernamentales en la implementación de políticas públicas de amplio impacto

(combate a la pobreza, educación ambiental, etc.) o visibilizando problemas sociales no abordados por las políticas tradicionales. En esos contextos, más que competidoras o subordinadas del Estado, las organizaciones civiles operan como socias legítimamente aceptadas de aquel. No sin roces, pero sin trabas o amenazas existenciales.

El problema es que en Latinoamérica esa situación es hoy excepcional. Salvo en un pequeño grupo de países (Costa Rica, Chile, Uruguay, algunas islas del Caribe), en nuestra región el espacio cívico padece un creciente asedio.[2] La peor situación se da en aquellos casos (Cuba, Nicaragua, Venezuela) donde regímenes plenamente autocráticos proscriben, *de jure y de facto*, prácticamente cualquier agenda y acción autónoma de sus ciudadanías.[3] Hay casos fronterizos (El Salvador claramente, México y Honduras en una pendiente acelerada) que transitan hacia el autoritarismo electoral a partir de la iniciativa de liderazgos populistas polarizadores con amplio apoyo social.

En una gran mayoría de países, Latinoamérica no presenta hoy un espacio cívico reconocido, abierto y en expansión. Los poderes oficiales y fácticos de la región se encargan, con tácticas de desinformación, cooptación y represión –que pueden llegar al asesinato–, de contrarrestar a la gente que critica políticas, reivindica derechos y propone alternativas a los males que les afectan. En esos contextos de asfixia, ¿cómo hacer realidad el exhorto de los colegas a que las organizaciones de nuestros países “trabajen más con las instituciones” si quienes mandan en estas últimas quieren proscribir a aquellas?

A diferencia de mi amigo, no me asombra el sutil giro semántico de sus contrapartes. El campo de la sociedad civil estadounidense ha padecido en los últimos tiempos de los mismos cambios que la academia, la intelectualidad y la opinión pública del país

norteño. Una mayor presencia de agendas progresistas –antirracismo, ecología, feminismo, entre otros– en detrimento de aquellas consideradas, por la nueva generación de activistas, enfoques tradicionales. Nada más ver una convocatoria de formación de una institución vinculada a la red de universidades apoyada por Open Society, que reza: “En todo el mundo, los gobiernos reaccionarios y racistas consagran políticas inhumanas en la ley y apartan la vista de la catástrofe climática. En los últimos años, algunos políticos populistas de derecha han sido derrotados, otros han sido elegidos (Italia, Finlandia) o buscan una segunda oportunidad en el poder”.[4] La perspectiva auto centrada del Norte Global, que ignora las *otras* expresiones de autoritarismo y populismo –entre ellas las de la izquierda radical– padecidas en el Sur Global, resulta aquí evidente.

Semejante mirada se filtra, convertida en sentido común, a funcionarios y activistas de la red, en medio mundo. Si a eso sumamos el componente pragmático de las grandes fundaciones y organizaciones no gubernamentales –interesadas en mantener sus robustos presupuestos, seducir a nuevos donantes y permanecer contra viento y marea en aquellos países donde trabajan– cobra fuerza la idea de “no hacer olas” ante los socios gubernamentales coparticipes de un mal entendido “progresismo”. Maxime cuando esa difusa perspectiva ideológica y activista es compartida por las nuevas generaciones al frente de las organizaciones. [5]

Para las nuevas agendas progresistas y sus activismos radicales, la promoción de la democracia, la transparencia y la rendición de cuentas, entre otras temáticas, son identificadas a menudo como viejos reclamos liberales, formales e institucionales, que no empoderan a los sujetos excluidos. Pero en países como los latinoamericanos, donde la exclusión social, la explotación económica y la dominación política van de la mano, las instituciones, leyes y agendas liberales

republicanas no pueden considerarse meramente una parte, ya dada, del paisaje.

Pero detrás de esa postura se ocultan varias incomprensiones. La primera es no entender la correlación de una sociedad abierta –que reivindica políticas identitarias, viejas y emergentes– y un espacio cívico capaz de existir solamente bajo el entramado de instituciones y libertades de una democracia liberal. La segunda es no comprender la diversidad de agendas y referentes ideológicos que constituyen a una sociedad civil realmente existente, donde las izquierdas y derechas democráticas tiene mucho que aportar. La tercera: ignorar que los gobiernos populistas y regímenes autoritarios del siglo XXI han aprendido a acomodar la diversidad social –capturando los fondos y prestigio que estas causas proveen– al mismo tiempo que degradan el pluralismo político. Si en el primer mundo las principales preocupaciones son la raza o el cambio climático, en América Latina es la pandemia de autoritarismo que azota la región, cuyo bajo coste estimula la emergencia de los propios populismos conservadores, como el de Bukele en El Salvador.

Pero si las incomprensiones remiten a sesgos epistémicos o informativos, los abandonos apuntan a relevantes consecuencias políticas y personales para los socios del Sur Global. Si en medio de una coyuntura internacional donde los populistas y autoritarios criminalizan el acceso a fondos, el status legal y la labor de incidencia, los grandes aliados del Norte Global eligen entenderse con el gobierno represor o, al menos, bajar el perfil de su discurso y ayuda a sus pares locales, tal decisión es particularmente dolosa. Y dolorosa. Los gobiernos, siempre monitoreando el campo, entenderán que sus activistas están más solos que antes, por lo que actuarán

más rápido y más allá del límite en su cierre del espacio cívico. E irán a por ellos.

Los socios globales del activismo local en los países periféricos deben ser más sensibles a las situaciones concretas de sus pares. Bastante tenemos ya con la hipocresía de gobiernos del Norte que, interesados en parar flujos migratorios, hacen de la vista gorda ante el deterioro democrático en sus fronteras meridionales, pactando con los caudillos de turno. Descolonizar el pensamiento de las ONGs globales no pasa solo por superar los lastres mentales, éticos y políticos de las viejas instituciones e ideologías noreurocéntricas en las que fueron fundadas. Supone dejar de idealizar lo que identifican como aliados progresistas –especialmente gubernamentales– en el Sur Global.

Implica también continuar apoyando las mismas agendas democráticas y cívicas que apoyaban en la era neoliberal, ahora que parte de los activistas de ayer se convirtieron –como ha pasado en Brasil, Colombia y México– en funcionarios de gobiernos populistas, con sesgo iliberal.[6] Algunos de los cuales censuran o reprimen a sus antiguos camaradas, por persistir en los reclamos sociales, políticos y ambientales que antes los unían. En otros casos, como sucedió con la antigua activista y hoy vicepresidenta Francia Márquez al avalar el discurso del régimen cubano y rechazar reunirse con sus pares locales del movimiento antirracistas, la incoherencia con la trayectoria propia y la insolidaridad con la suerte ajena se cruzan. [7]

Como escribí hace algún tiempo en respuesta a los ataques cruzados de los extremistas iliberales –bolivarianos y trumpistas–, contra el espacio cívico regional “aún se puede hacer más por empoderar a la sociedad civil para desafiar el deterioro democrático (...) La recesión democrática se intensificó durante la pandemia, pero la sociedad civil activa se puso de pie donde pudo. Comprender,

en lo analítico y lo práctico, la distinción entre la sumisión autocrática y la autonomía democrática puede hacer una crucial diferencia en las luchas por venir”. [8] Ojalá que los aliados de la sociedad civil del Norte Global lo comprendan también actuando en consecuencia. Entretanto, vale la pena que los activistas y organizaciones latinoamericanas dediquemos más esfuerzos a la articulación e incidencia propias, sin depender tanto de la modas e intereses de nuestras contrapartes globales.

Notas

[1] <https://www.opensocietyfoundations.org/what-we-do/regions/america-latina-y-el-caribe/es>

[2] <https://www.civicus.org/index.php/es/informe-2024-sobre-el-estado-de-la-sociedad-civil>

[3] <https://gobiernoyanalispolitico.org/activismo-en-contextos-autoritarios/>

[4] <https://www.bbk.ac.uk/annual-events/london-critical-theory-summer-school/upcoming-summer-school>

[5] <https://www.elmundo.es/economia/2023/06/12/6487750cfc6c8321248b45bd.html>

[6] <https://www.lafm.com.co/secretos-la-fm/fundacion-de-george-soros-ayudo-con-280-millones-de-pesos-a-gira-de-francia-marquez>

[7] https://diariodecuba.com/cuba/1678832766_45825.html#google_vignette

[8] <https://dialogopolitico.org/debates/la-sociedad-civil-en-las-americas/>

DECOLONIZING CIVIL SOCIETY

Armando Chaguaceda Noriega



Gobierno y Análisis Político AC
Facebook, instagram y YouTube:
Gobierno y análisis político ac
Twitter: Gobierno y ap
e-mail: info@gobiernoyanalisispolitico.org



Last week a U.S. colleague involved in democracy and civil society support programs in Latin America shared with me his surprise at a conversation he had in Mexico. While talking with his local peers from two relevant organizations - Open Society and Ford Foundation - about the situation in the country and the work of civil society, they shared with him their perspective on the kind of work they wanted to support in the coming times. “We believe that organizations should work more with government institutions,” they told him.

This conversation reminded me of another one I had with an Open Society official, who said in a meeting two years ago that support for projects in Cuba, Nicaragua and Venezuela would be reduced because “they had not shown a capacity for innovation”. That phrase, uttered at the very moment when activism in those countries was facing a savage wave of repression, derived from massive, courageous and, to use the official’s term, “innovative” mobilizations, is impressive. But it is less so when the organization itself states that “In Latin America and the Caribbean, the Open Society Foundation seeks to drive democratic change by transforming growing public concern about inequality, corruption, violence and the climate crisis into powerful initiatives and alliances to build an open and safe society”. To this end, its “strategy focuses on three priority countries: Brazil, Colombia and Mexico.” [1]

My colleague’s surprise and my own annoyance do not stem from a belief that civil society and government are, *per se*, enemies. In many countries under democratic regimes, civil society has the possibility of working with its governmental counterparts in the implementation of public policies of broad impact (fight against poverty, environmental education, etc.) or making visible social problems not addressed by

* Originally published in *Literal Magazine*, May 2024

traditional policies. In these contexts, rather than being competitors or subordinates of the State, civil organizations operate as legitimately accepted partners of the State. Not without friction, but without existential obstacles or threats.

The problem is that in Latin America this situation is exceptional today. Except in a small group of countries (Costa Rica, Chile, Uruguay, some Caribbean islands), in our region the civic space is under increasing siege.[2] The worst situation is in those cases (Cuba, Nicaragua, Venezuela) where fully autocratic regimes proscribe, *de jure* and *de facto*, practically any agenda and autonomous action of their citizens.[3] There are borderline cases (El Salvador clearly, Mexico and Honduras on an accelerated slope) that are moving towards electoral authoritarianism based on the initiative of polarizing populist leaderships with broad social support.

In the vast majority of countries, Latin America today does not have a recognized, open and expanding civic space. The official and de facto powers in the region, with tactics of disinformation, co-optation and repression - which can go as far as murder - are responsible for counteracting people who criticize policies, demand rights and propose alternatives to the ills that affect them. In these contexts of asphyxiation, how can we make a reality of our colleagues' exhortation that organizations in our countries "work more with the institutions" if those in charge of the latter want to outlaw them?

Unlike my friend, I am not surprised by the subtle semantic shift of his counterparts. The field of U.S. civil society has recently undergone the same changes as academia, the intelligentsia and public opinion in the

United States. A greater presence of progressive agendas - anti-racism, ecology, feminism, among others - to the detriment of those considered, by the new generation of activists, traditional approaches. Just look at a training call from an institution linked to the Open Society-supported university network, which reads: “Across the world, reactionary and racist governments enshrine inhumane policies in law and turn a blind eye to climate catastrophe. In recent years, some right-wing populist politicians have been defeated, others have been elected (Italy, Finland) or are seeking a second chance at power. 4] The self-centered perspective of the Global North, which ignores the *other* expressions of authoritarianism and populism - including those of the radical left - suffered in the Global South, is evident here.

Such a view is filtered, converted into common sense, to officials and activists of the network, halfway around the world. If we add to this the pragmatic component of large foundations and non-governmental organizations - interested in maintaining their robust budgets, seducing new donors and remaining in the countries where they work against all odds - the idea of “not making waves” in the face of government partners who share a misunderstood “progressivism” gains strength. Especially when this diffuse ideological and activist perspective is shared by the new generations at the head of the organizations. [5]

For the new progressive agendas and their radical activisms, democracy promotion, transparency and accountability, among other issues, are often identified as old, formal and institutional liberal claims that do not empower excluded subjects. But in countries like Latin America, where social exclusion, economic exploitation and political domination go hand in hand, liberal republican institutions, laws and agendas cannot be considered merely a given part of the landscape.

But behind this stance lie several misunderstandings. The first is a failure to unders-

tand the correlation between an open society -which claims identity politics, old and emerging- and a civic space capable of existing only under the framework of institutions and freedoms of a liberal democracy. The second is not understanding the diversity of agendas and ideological references that constitute a truly existing civil society, where the democratic left and right have much to contribute. The third is to ignore that the populist governments and authoritarian regimes of the 21st century have learned to accommodate social diversity - capturing the funds and prestige that these causes provide - while degrading political pluralism. If in the first world the main concerns are race or climate change, in Latin America it is the pandemic of authoritarianism sweeping the region, whose low cost stimulates the emergence of conservative populisms themselves, such as Bukele's in El Salvador.

But if misunderstandings refer to epistemic or informational biases, abandonments point to relevant political and personal consequences for Global South partners. If, in the midst of an international conjuncture where populists and authoritarians criminalize access to funds, legal status and advocacy work, the major allies of the Global North choose to make terms with the repressive government or, at least, lower the profile of their discourse and aid to their local peers, such a decision is particularly hurtful. And painful. Governments, always monitoring the field, will understand that their activists are more alone than before, so they will act faster and beyond the pale in their closing of civic space. And they will go after them. Global partners of local activism in peripheral countries should be more sensitive to the concrete situations of their peers. We already have enough with the hypocrisy of Northern governments that, interested in stopping migratory flows, turn a blind eye to the democratic deterioration of

their southern borders, making pacts with the warlords of the day. Decolonizing the thinking of global NGOs involves not only overcoming the mental, ethical and political burdens of the old North-Eurocentric institutions and ideologies on which they were founded. It implies ceasing to idealize what they identify as progressive allies - especially governmental ones - in the Global South.

It also implies continuing to support the same democratic and civic agendas that they supported in the neoliberal era, now that some of yesterday's activists have become - as has happened in Brazil, Colombia and Mexico - officials of populist governments, with an illiberal bias.[6] Some of them censure or repress their former comrades for persisting in the social, political and environmental demands that once united them. In other cases, as happened with former activist and now Vice-President Francia Márquez when she endorsed the discourse of the Cuban regime and refused to meet with her local peers in the anti-racist movement, incoherence with one's own trajectory and lack of solidarity with the fate of others intersect. [7]

As I wrote some time ago in response to the crusading attacks by illiberal extremists - Bolivarian and Trumpist - against regional civic space, "more can still be done to empower civil society to challenge democratic deterioration (...) Democratic recession intensified during the pandemic, but active civil society stood up where it could. Understanding, analytically and practically, the distinction between autocratic submission and democratic autonomy can make a crucial difference in the struggles to come." [8] Hopefully, civil society allies in the Global North will also understand this and act accordingly. In the meantime, it is worthwhile for Latin American activists and organizations to devote more effort to our own articulation and advocacy, without depending so much on the fashions and interests of our global counterparts.

Notes

[1] <https://www.opensocietyfoundations.org/what-we-do/regions/america-latina-y-el-caribe/es>

[2] <https://www.civicus.org/index.php/es/informe-2024-sobre-el-estado-de-la-sociedad-civil>

[3] <https://gobiernoyanalisispolitico.org/activismo-en-contextos-autoritarios/>

[4] <https://www.bbk.ac.uk/annual-events/london-critical-theory-summer-school/upcoming-summer-school>

[5] <https://www.elmundo.es/economia/2023/06/12/6487750cfc6c8321248b45bd.html>

[6] <https://www.lafm.com.co/secretos-la-fm/fundacion-de-george-soros-ayudo-con-280-millones-de-pesos-a-gira-de-francia-marquez>

[7] https://diariodecuba.com/cuba/1678832766_45825.html#google_vignette

[8] <https://dialogopolitico.org/debates/la-sociedad-civil-en-las-americas/>



Gobierno y Análisis Político AC
Facebook, instagram y YouTube:

Gobierno y análisis político ac

Twitter: Gobierno y ap

e-mail: info@gobiernoyanalispolitico.org